

Los raros Mancuerna

Rosa Beltrán

Allá van, por la manchega llanura, dos figuras extrañas, sin otra armadura que las palabras, con su lanza en astillero, adarga antigua, sin rocín y sin galgo, la una con calzas ataconadas y la otra con zapatones de plan quinquenal. ¿Quién es más idealista, la que deja su casita de sololoy para organizar encuentros de literatura mexicana o la que sale con Alberto Beltrán a conocer a los pobres, al otro México, del que escribirá crónicas, entrevistas, cuentos, novelas? ¿La princesa Poniatowska que recorrer las calles y teclea lo que ve y lee de un país que quiere que sea suyo o la niña de Yucatán que nace brillante y luchona en serio, insomne por naturaleza y ayunante por decisión, pero sobre todo curiosa y entregada a las letras, y por eso estudia literatura en el Colmex y cumple con las más altas exigencias y las eleva más, y abre tamaños ojos para asombrarse de lo que realmente importa, y va y viene de Santa Bárbara y sitios aledaños, léase el resto del mundo, sin dejar de estar —y esto es lo más asombroso— sin dejar de estar todo el tiempo en México?

Conocí a Sara Poot en casa de Elena Poniatowska hace muchísimos años, cuando yo regresaba de hacer un posgrado en literatura comparada en UCLA. Desde entonces, la he visto ocuparse incansablemente de su obra: leyendo cada título, escribiendo sobre todos, organizando coloquios y encuentros sobre escritores en general y sobre el lugar de esta autora en nuestras letras en particular, lo mismo en Estados Unidos que en lugares remotísimos adonde me habría gustado ir. Sin saberlo, Elena nos unió. Y nos dio la oportunidad de discutir algunos aspectos de una obra que aunque muy visitada por generaciones ha sido también ob-

jeto de no pocas polémicas entre los críticos de este país.

He leído muchos ensayos sobre la obra de Elena Poniatowska y he escrito algunos. Ahora que tengo en mis manos el estudio de Sara Poot Herrera (*Viento, galope de agua. Entre palabras: Elena Poniatowska*) sobre el extenso quehacer de la autora de *La noche de Tlatelolco* me doy cuenta de que Sara ha citado a prácticamente cada uno de quienes han comentado la obra de EP, que ha revisado todos los géneros que esta autora aborda o reinventa, y aun ha añadido aspectos no contemplados en esos trabajos anteriores. Sé que cada ensayo sobre un autor es un punto de vista y que hay casi tantas entradas a un libro como lectores. Sin embargo, en este momento encuentro difícil que exista un volumen que sea una mejor puerta de entrada a los múltiples libros de nuestra Premio Cervantes. Un inventario razonado y un manual, esto es lo que es. Un compendio abarcador y minucioso (a ratos, casi minimalista, por el regreso a ciertas obras ya citadas de las que contemplará otros aspectos).

En este pequeño, y no tanto, volumen, aparece el quehacer literario de 60 años de escritura, desde *Lilus Kikus*, de 1954, hasta su más reciente *El universo o nada*, de 2013. Y el sentido de publicarlo ahora es el sexagésimo aniversario de esa tarea imparable. Dice Sara, refiriéndose a los 60 años de la “obra sin medida y a la medida de [los] lectores de Elena: yo los festejo, leyendo y releendo desde su primer libro de cuentos hasta su más reciente biografía estrellera, ese universo y (casi) todo de Elena Poniatowska”.

Los que vienen de fuera se ocupan muchas veces de conocer nuestro país mejor

que nosotros que pensamos que estará ahí, al alcance de la mano, esperándonos siempre. Y pueden “extranjerizar” una lectura para explicarnos mejor su recepción y su significado. *La “Flor de Lis”* “es el descubrimiento que va del Zócalo a Jorge Negrete, la geografía de México, su idioma, los nombres de las comidas, las clases de mecánica que la prepararían para escribir”, nos dice Sara de Elena. Desde su llegada a México en 1942 lo que nace en esta autora es un deseo de aprehender el paisaje, la lengua, no sólo el habla culta sino todas las voces, el registro de cómo suena nuestro país en cualquier oficio y en cualquier colonia.

En varios capítulos, Sara decanta ese inicio que ocurre en *Lilus Kikus* haciendo paralelismos con la autobiografía de su autora. Y parte de una historia que ha sido relatada varias veces por la propia EP: de la azotea de una casa nacerá la futura Jesusa Palancares de *Hasta no verte Jesús mío*, obra maestra que integra historia oral con novela de crecimiento, imaginario de cómo suena y cómo se siente México, al tiempo que reconstruye la vida y milagros de una de las tantas mujeres que permiten contar la Revolución desde el lado contrario, y logra lo que García Márquez dice que se logra con la verdadera literatura: voltear el mundo al revés. Sara explica de diversos modos cómo hace Elena para consignar lo que se llamará “oralidad”. Cómo para usar la entrevista y volverla género novelístico. Cómo para emplear la crónica como parte de lo que se convertirá en su gran novela coral *La noche de Tlatelolco* y de qué manera esta se volverá el emblema del 68. Y de qué modo emplea Elena cualquier otro rasgo del periodismo para construir lo que Sara llama “una realidad paralela que no se registra en

la historia oficial”; algo a medio camino entre la ficción y lo que los norteamericanos decidieron llamar “no ficción”. De EP aprendí a construir personajes de una forma heterodoxa: tomándolos de la vida real y reconstruyéndolos mediante la ficción, lo que permite ver la Historia con H mayúscula desde la intervención, la apropiación y la resignificación: desde el personaje construido para subvertir las claves del poder. Sara explicará cómo funciona cada uno de los protagonistas de la obra de EP y qué papel tienen estos en la gran narrativa del autoritarismo y su posible contrario. Y algo extraño, también. Cómo este corpus tiene una motivación interna, no siempre obvia en la trama literaria, que produce en los lectores una sensación de felicidad, no importa de cuántas desgracias se componga la historia.

Elena vino de París para ver y escribir México y Sara viene de Santa Bárbara, entre otras cosas, para ver y escribir sobre Elena. Es exhaustivo el inventario de las obras de EP que Sara observa; muchas las vueltas y trasvases a que la autora de *Viento, galope de agua...* somete una obra intergenérica de por sí. Como acostumbra hacer en sus ensayos y artículos académicos, Poot Herrera juega con las palabras y los símbolos que aparecen en novelas y cuentos para hacer la crítica que revisa y revisita en cada vuelta, porque según Sara el significado suma, adquiere otro cariz, transmuta y no obstante en cada uno de los libros de Elena impera una imagen feliz como aquel “rayo verde” del cuento donde una mujer lega a otra la fórmula de la felicidad. Ya sea a través del estoicismo como en la Angelina Beloff de *Querido Diego, te abraza Quiela*; de la lucha sin cuartel, como en la Tina de *Tinísima* o en la locura creativa de *Leonora* o, por supuesto, de la pura felicidad infantil como en *Lilus Kikus*, la obra de Elena nos deja un sabor dulce; la idea de que la vida puede ser mejor aunque en este preciso momento no lo sea.

Además de un estudio crítico, visto con los rigurosos ojos de la académica, el libro de Sara es un anecdotario. Porque ahí están no sólo los 45 libros de Elena sino el significado de lo que contienen las doce cartas que Álvaro Mutis envió a EP desde la cárcel de Lecumberri donde estuvo quince meses;

lo que Paz y Fuentes opinaban de “Poni”; lo que Elena expresa en notas y artículos periodísticos sobre otros y sobre sí misma, y hasta los estudios sobre Rosario Castellanos, quien enseña con su ironía a no tomarse en serio, pero cuya obra, como ha demostrado Elena, es muy seria. Lo que Elena piensa y cómo lee a muchas de las mujeres creadoras, pertenecientes a la estirpe de las siete cabritas. Me admira la dedicación, la devoción del estudio de Sara Poot por la obra de esta autora tanto como me admiran la entrega, el olfato y la imaginación creadora de Elena, que hizo de su vida mito, y que escribió su obra en buena medida a partir de las cuentas de un collar compuesto por la vida y el trabajo de otras mujeres. Ese hilo de perlas, que van de Paulette, madre de la autora, a todas y cada una de las mujeres que estudió, nos ayuda a entender a aquellas y a ella misma y nos hace comprender que sin las cuentas de ese collar no podríamos explicarnos no sólo a Poniatowska, sino a nosotras mismas. “¿Y las mujeres literatas?”, pregunta Elena a través de uno de sus personajes en *Melés y Teleo*. Y responde: “Giran en otro planeta, en torno a sí mismas”. Así es. Hay que reescribir el canon crítico cuando se habla de autoras. Jean Franco lo explica muy bien en *Las conspiradoras*. La escritura de ciertas mujeres registra las otras narrativas posibles, a veces sumergidas, con las que tratan de burlarse de los discursos dominantes.

Para terminar, si tuviera que definir este libro con una palabra, esta sería “itinerancia”. Itinerancias que en la obra de Elena van de un género a otro, de un tema a su reinención, de un andar por un país y una fisonomía o un destino al destino propio, al que se construye con las ganas de pertenecer. Itinerancia de Sara que va de una lectura a otra o a la misma que ya no es la misma, en la obra de Elena, a quien escribe y reescribe para entregárnosla en este collar de perlas que son, hiladas, cada uno de los capítulos de este libro, que leo como una ofrenda. **U**

Sara Poot Herrera, *Viento, galope de agua. Entre palabras: Elena Poniatowska*, FIFY-UC Mexicanistas, México, 2014.



Sara Poot Herrera



Con Elena Poniatowska

